

PUNTES DE EL PONDERAL



Nº 5

Revista sobre el Patrimonio de la Sierra
de Hoyo de Manzanares editada por la
ASOCIACIÓN CULTURAL EL PONDERAL

15 DE OCTUBRE DE 2022



APUNTES DE EL PONDERAL



NÚM. 5 + 15 DE OCTUBRE DE 2022

Disponible en apuntesdeelponderal.wordpress.com

Primera edición: oct. de 2022 + 500 ejemplares

Revista sobre el Patrimonio de la Sierra
de Hoyo de Manzanares editada por la
ASOCIACIÓN CULTURAL EL PONDERAL

CUBIERTA Y CONTRACUBIERTA: Acuarelas de **Antonio Maura:** Arroyo Manina (junto al antiguo trazado de la carretera a Colmenar Viejo) y El Castillo de Viñuelas desde la vaguada del sureste

COMITÉ EDITORIAL:

Gonzalo de Luis | José Luis Soriano | Gloria Tena | Antonio Tenorio | Lucía Villaescusa

HAN INTERVENIDO EN LA REVISIÓN DE LOS TRABAJOS:

Belén Hernáez Martín	Sandra Gómez Soler	Paloma Fornés Torres	Miguel del Corro Toro	Gloria Tena González
Joaquín Blasco Acevedo	Charo Gómez Osuna	Ernesto Viñas Constantino	Amelia Sanz Cabrerizo	Antonio Tenorio Matanzo
Concepción Ybarra Enriquez	Juan José Acosta	Roberto Fernández Suárez	Gonzalo de Luis Otero	Lucía Villaescusa Fernández
Adrián de la Fuente Barjola	Pilar García Martín	Luis Rey Navarro	José Luis Soriano Carrillo	Morgana Alonso García de Rivera

SANDRA GÓMEZ • LUCÍA VILLAESCUSA: Charo Gómez Osuna: la pasión por descubrir y proteger el patrimonio	3
GONZALO DE LUIS: Crónica del Serrejón: y los cucos comieron toro	15
JUAN MANUEL HORTELANO FERNÁNDEZ DE USERA: Antonio Maura, la pintura y la sierra hoyense	35
ISABEL PÉREZ VAN KAPPEL: Francisco Alcántara (1854-1930): arte, paisaje y pedagogía en Hoyo de Manzanares - Una aproximación	45
EULOGIO BLASCO: Viviendo en Hoyo: el día de la matanza	52
GUILLELMO GORTÁZAR VALVERDE: Un vecino especial: el wolframio en Hoyo de Manzanares	56
PILAR GARCÍA MARTÍN: El Hostal La Berzosa de Hoyo de Manzanares	61
GLORIA TENA GONZÁLEZ: El sello como elemento imprescindible en los documentos	70
MIGUEL ÁNGEL SOTO CABA: Inteligencia colectiva y patrimonio cultural: el descubrimiento del sistema hidráulico del Juncarejo en Moralarzal	81
TERESA HERNÁNDEZ RAMOS: 1856: Aparece en Hoyo de Manzanares una pantera y todos los periódicos de la época lo publican	94
RAFAEL MARTÍN MOYANO: Breve historia de un trampancéfalo	99



Ayuntamiento de
Hoyo de Manzanares

COORDINACIÓN: Gonzalo de Luis

DISEÑO: Alfonso Meléndez | IMPRESIÓN: estúgraf.com

ISSN: 2792-1778 | DEPÓSITO LEGAL: M-13011-2021

APUNTES DE EL PONDERAL se publica en edición impresa y en internet bajo licencia Creative Commons Atribución-No comercial- Sin Derivar 4.0 Internacional. • Los trabajos presentados han sido revisados anónimamente y modificados o retirados por su autor o autora siguiendo sus recomendaciones o las sugerencias editoriales. • En apuntesdeelponderal.wordpress.com se puede acceder a las versiones en formato pdf y html de este número y de los anteriores. • Editado bajo el patrocinio del Ayuntamiento de Hoyo de Manzanares por la Asociación Cultural El Ponderal • elponderal.wordpress.com • apuntesdeelponderal@gmail.com

CRÓNICA DEL SERREJÓN Y LOS CUCOS ©MIERON TORO

Gonzalo de Luis

ESTA comarca apócrifa en la rampa del Guadarrama, delimitada por lo que fue el legendario condado de Real del Manzanares, es y ha sido tierra de toro de lidia, sobremanera, Colmenar Viejo, donde se criaba la durísima raza de toros de la tierra o de jijona, mayormente.

Derivada de los juegos con toros, surge a lo largo de la historia la larga tradición de una culinaria propia. Si la Fiesta consiste en doblegar la bravura del astado, su aprovechamiento consiste en doblegar su rigidez muscular. Requiere que se oreo previamente, se ablande; requiere que se desprendan los jugos en un largo, paciente y lenitivo proceso de cocción, más propio de la cocina cinegética que de la cocina de alacena. El toro, aunque cautivo en las dehesas, no parece siquiera estabulado, y su conducta, silvestre y brava, hace que su carne sea de monte y no de cuadra.

Desde la antigüedad, en paralelo a las fiestas taurinas, bien asociadas a ritos religiosos y/o telúricos, bien como meros entretenimientos, se han desarrollado fiestas culinarias. A diferencia de otros animales que se crían sólo para su aprovechamiento permanente y básico, al toro bravo se le reserva para la muerte en ceremonia o espectáculo, y su aprovechamiento llegó a ser y es tan ceremonioso y espectacular como su lucha.

Por supuesto, esta reflexión no implica que toda fiesta taurina lleve asociado un rito culinario. Las derivas en cada población y cultura a lo largo de la historia

han sido múltiples y de mayor o menor trascendencia, y seguir el curso del guiso el toro, como toda tradición popular, resulta difícil, pero lo cierto es que siempre ha sido aprovechado, bien en el hogar, bien en la plaza pública.

La comida comunal del toro lidiado formaba parte de ese rito/lucha en que los mozos tomaban el protagonismo, porque antaño era habitual que se encargasen de la lidia (correr el toro, se decía), hasta su sacrificio a puntilla. Y con ello se exhibían ante las mozas casaderas. Poniendo a prueba su valor, se retaban entre sí, se arriesgaban, y, como consecuencia, la cena suponía el culmen



feliz y compartido del rito festivo. Como ejemplo lejanísimo en el tiempo, el Toro Júbilo de Medinaceli que termina con un guiso social.

Pongámonos en un pequeño pueblo serrano. Pongamos, por ejemplo, a Hoyo de Manzanares, la patria de los cucos, y retrocedamos a un periodo entre mitad del siglo XVIII y el primer tercio del siglo XX. La población oscilaba entre los 500 y 600 habitantes, aproximadamente, en todo caso una población muy reducida. Y ahora imaginemos las Fiestas de la Asunción del 8 de septiembre. Al margen de los ritos religiosos, al margen del baile, antaño con tamboriles y dulzainas, y con el tiempo con

A torear, a torear [Cortesía de Marisa Baelo y Daniel Campo, Cosas de Hoyo]

modernidades; al margen de alegrías y libanzas varias, el acontecimiento eran los toros, correr uno o dos toros, y el fasto final, guisarlo ante todos, repartiéndolo entre todos.

Pues bien, eso era la caldereta, la cena comunal, un proceso, en apariencia, sencillísimo y obvio. Sencillo porque consistía en guisar el toro, y obvio porque todo alimento había que aprovecharlo y máxime cuando lo excepcional era comer res. Pero tenemos comprobado que en Hoyo las tradiciones más sencillas se complican para mayor diversión. Así pasaba con la

fiesta de los quintos, los llamados a incorporarse al servicio militar, y que en Hoyo se celebraba como un compendio largo de detalles hasta para recoger la leña de las fogatas. Así pasaba y pasa con el tejo o chito, que es un juego de lanzamiento y destreza anti-quísimo y extendidísimo en sus versiones más básicas, vaya, tirar un objeto para derribar otro, pero que en Hoyo se juega con unas reglas complicadísimas que hacen del manejo un arte. Y así, también, una caldereta que en lo básico es guisar y repartir, en Hoyo se convierte en un complicado rito, en una ceremonia con jerarquías y reglas, en una disciplina colectiva que se funda en el respeto a la tradición heredada.

¿Desde cuándo existe la Caldereta en Hoyo? Se presume que la carne guisada del toro ha estado desde tiempos remotos asociada a ritos paganos que se adaptaron a las fiestas populares cristianas. Su antigüedad siempre se ha supuesto tan lejana como incuestionable, pero, cuando llegamos al caso concreto, cuesta definir el origen. Al margen de presunciones, no lo podemos saber, o no lo podemos saber aún, mientras no se encuentren referencias fidedignas. A lo que sí podemos recurrir es a la tradición. Cuesta pensar que en el caso de Hoyo sea el resultado de una costumbre continuada desde tiempos primitivos, cuando se concebía como una fiesta telúrica y dionisiaca que pasó de generación en generación adaptándose a los pueblos y culturas que se sucedieron, y cuesta porque no está demostrado que nuestras tierras estuviesen habitadas sin interrupción

ni siquiera desde que nos constan los poblamientos de la edad tardo-antigua, por lo que más peregrino resulta pensar que con anterioridad hubo habitantes con las mismas costumbres. Por eso, lo más razonable es considerar que se trata de una fiesta importada en algún momento de su historia, más cerca que lejos en el tiempo, una fiesta de raigambre comarcal.

Sabemos que los toros de solteros y casados y las cenas comunales se han celebrado a lo largo de toda España; que se celebraba en otros pueblos serranos, como Colmenar, Guadarrama o los Molinos, o en el Boalo, donde aún pervive una variante de esta fiesta, y que la compra de toros a escote por los naturales e, incluso, por las incipientes colonias de veraneantes, sin participación municipal, era habitual. Una tradición consistente en guisar y repartir la carne era una consecuencia normal de las capeas, porque si entre todos habían comprado la vaca, entre todos la comían. Pero también sabemos que muchas de estas fiestas desaparecieron con la Guerra o con el rápido crecimiento de las poblaciones, sin conseguirse que la vieja tradición encontrase un acomodo en los nuevos tiempos, sin dejar siquiera recuerdo. Traigo a colación la anécdota de los toros de solteros o casados que devinieron en muchos sitios en partidos de fútbol entre unos y otros. Volviendo a la caldereta, a la cena en sí, Hoyo es una excepción al mantener una tradición tan extendida antaño como olvidada hoy y por eso el valor de la supervivencia de este intangible tesoro popular.



La redacción de la revista *La Voz de Hoyo* (1980) dejó en su número 6 el testimonio sobre la tradición. Le atribuía una antigüedad de no más de dos siglos. Es posible que fuese sobre la segunda mitad del siglo XVIII cuando comenzase. Así lo tienen recogido en la Asociación La Caldereta, aunque no hemos podido constatar las fuentes oportunas. Queda una larga búsqueda para encontrar datos en el Archivo Histórico Municipal, principalmente, o en cualquier otro venero documental, pero sabemos que lo popular es materia de estudio escurridiza, líquida y volátil para el investigador.

Manolo Baelo rodando la cuba y Santiago Salvador corriendo los toros
[Cortesía de Marisa Baelo y Daniel Campo, *Cosas de Hoyo*]

En todo caso, la Caldereta se celebra desde tiempos lejanísimos, y, que se recuerde, sólo se suspendió entre 1936 a 1957.

El estallido de la Guerra Civil en julio de 1936, con la consiguiente movilización de tropas y el control de los alimentos y los productos básicos, con el enfrentamiento entre la población civil y la alteración del orden social, devino en un caos en la retaguardia. Las poblaciones cercanas a Madrid que no fueron to-

madas por el bando sublevado, como fue el caso de Hoyo o Colmenar Viejo, sufrieron este efecto con mayor contundencia.

Aunque la defensa de Madrid y los pueblos circunvecinos no comenzó hasta el otoño de 1936, los rigores de una retaguardia tan convulsa afectarían a las fiestas de ese mismo verano en Hoyo. Por eso, aunque no podemos confirmar en qué consistieron las de septiembre de 36, mucho nos tememos que las ceremonias religiosas y los fastos habituales, entre otros la Caldereta, se suprimirían, y que las fiestas, de celebrarse, poco tuvieron de fiestas.

Las muchas ganaderías de toro de lidia de Colmenar Viejo, Soto (antes, Chozas), Moralzarzal, Guadarrama y otras poblaciones de la comarca, prácticamente desaparecieron, hasta el punto de casi extinguirse. La necesidad, la barbarie, el desorden y los planes de la intendencia militar, que no se dio de igual manera en otras partes de España, llevó a que tras la contienda la merma de las vacadas fuese palmaria. La guerra se comió los toros sin rito ni fiesta.

La Caldereta antes de 1936

NO hay fuentes escritas sobre cómo era la Caldereta de antaño. Nos quedan los testimonios orales que se mantienen en el imaginario colectivo de los vecinos y los recogidos en diversas publicaciones, pero son de tal rigor, tan símiles unos de otros, que su veracidad no admite dudas y nos permiten reconstruir la ceremonia con cierta solvencia, aunque mucho me temo que habrá aspectos,

como en toda recopilación de tradiciones, que provoquen controversia.

He contado con el testimonio de varios vecinos que mantienen recuerdos heredados, pero ellos, o no habían nacido, o eran muy chicos antes de la Guerra. Tan sólo he contado con el testimonio único de quien es único, un cuco centenario, lucidísimo y cabal, don Francisco Martínez Blasco, el legendario *Negro*, que recuerda la caldereta de su mocedad.

A lo largo de mi crónica se cruzarán datos o descripciones que parecen contradictorias, pero no lo son. Todos son verosímiles y fidedignos. Pasa que las tradiciones, y más tratándose de fiestas, no son ritos inmóviles, pues varían en el tiempo y, además, cada cual las recuerda y las transmite como las vivió o se las transmitieron.

Las fiestas sólo duraban tres días. El 8 de septiembre, el día de la Patrona, se dedicaba sólo a su veneración. Durante los otros dos días siguientes, por la mañana había baile en la Plaza Mayor y toros por la tarde.

El toro. Erales o utrerros de entre dos y tres años, pero también cuatreños, toros que incluso pasaban de novillos. Podían proceder de ganaderías varias pero siempre de la comarca: desde las álgidas e históricas de Colmenar como Aleas, Bañuelos, Gómez y Martínez, que proveían de novillos desechados para ser toro, hasta las más modestas, dedicadas a la explotación de la carne, pero que también destinaba algunos moruchos, vivos y con arranque, de casta escasa pero apropiados a las capeas de pueblo chico. En todo caso,

aunque no ha quedado reflejo escrito de compra alguna, lo habitual, que fuesen eso, utreros cercanos, aunque en el recuerdo de don Francisco Martínez quedan unos toros álgidos y míticos que, ciertamente, ya no existen.

Eran los varones de Hoyo, en dos grupos, los solteros y los casados, los que reunían fondos a escote para la compra por separado de un toro por cada grupo. El Ayuntamiento colaboraba destinando una partida presupuestaria para las fiestas en general, sin mayor concreción, para, entre otras cosas, editar los carteles o para ayudar para la compra de las reses para la lidia, aunque, por lo que hemos podido comprobar en el Archivo Histórico Municipal, las cantidades variaban mucho de un año a otro e, incluso, había muchos años sin dotación o, cuanto menos, no se indica que fuese para las reses. En definitiva, las fiestas, los toros, era cosa de los vecinos, bien por tradición, bien como única opción. Si no había fondos municipales, los había particulares, lo que, al fin y al cabo, era lo mismo. Ellos se lo guisaban, ellos se lo comían.

Los únicos toros que se lidiaban eran el de los solteros y el de los casados. Excepcionalmente, pudo haber en algún año alguna lidia extraordinaria con novillero y cuadrilla o la suelta de alguna vaca para el mocerío revoltoso. Pero las fiestas eran principalmente eso, dos toros. El primero que se lidiaba se destinaba en parte para la cena comunal y lo restante y todo el segundo toro, para ser troceado y repartido entre las familias.

La mudanza. La mudanza, o el traslado de las reses desde los pastos al pueblo, se hacía por las veredas y caminos, a caba-

llo, acompañando al toro y los cabestros.

Los toros se compraban en las tierras del contorno, en Villalba, Moralarzal o en Colmenar. Cuando venían de Moral o Villalba, entraban por la Paloma; cuando se adquirían en Colmenar o en los campos entre Moral y Manzanares, se les traía por las veredas que atraviesan el sur del pueblo, por los Altillos, para llegar, en todos los casos, a los prados que la familia de Francisco Martínez, el Negro, tenía en el paraje de las Barreras, un monte de carrasca y encina idóneo para las reses.

Fue a partir de los años 20 cuando se impuso el encierro, pero no era a pie. Era a caballo, en carrera limpia. Si acaso los mozos, pocos, corrían muy adelantados en los últimos tramos y ya dentro del pueblo, sin molestar al toro. Un largo encierro malearía por encima de su aguante a los erales antes de tiempo. Al fin y al cabo, la corrida solía devenir en una capea de aficionados más próxima a un encierro en redondel que a una lidia organizada.

La lidia. La lidia no siempre era una lidia canónica. Cada grupo por separado, los casados y los solteros, contrataba una cuadrilla para su toro. Eran profesionales o muletas voluntariosos, dependiendo de las posibilidades, pero, en todo caso, pedigüeña, pues tras la faena era normal que diesen una vuelta al ruedo extendiendo un capote para que el respetable echase monedas a modo de propina.

Y no solo toreros frente a novillos-toros, también sucedía que los mozos se lanzaban al ruedo frente a una vaquilla o un eral. Entonces se convertía en una



Fiestas de Hoyo de Manzanares de 1947 en la antigua Plaza Mayor [Autor desconocido]



Fiestas de Hoyo de Manzanares de 1947 en la antigua Plaza Mayor [Autor desconocido]

capea alborotada y un zarandeo constante, donde los mozos con capotes improvisados daban muletazos, se exponían a revolcones, esquivaban al morlaco subiéndose al pedestal que había en el centro de la plaza vieja, y, al final, entre varios inmovilizaban al animal, unos asidos a los cuernos, otros agarrando el rabo, para sacrificarlo a puntilla, que no estoque.

Traigo a colación los relieves y pinturas que recapitula don Gonzalo Santonja Gómez-Agero¹ en su riguroso y lírico tratado «Por los albores del toreo a pie». Son el testimonio medieval de una lidia primitiva y aguerrida, de suertes varias e informales. Y va a resultar que la forma bizarra y espontánea de correr el toro en Hoyo, como en tantos pueblos, más se parecía al toreo medieval que al toreo reglado. Así vista, la tradición es prueba irrefutable de una historia continuada de siglos.

De una u otra forma, se vencía al toro, pero en una ocasión, tal como me relata don Francisco Martínez, hubo uno que fue imposible de lidiar y, ante la desesperación del público y de los toreros, Matías Gómez, tío carnal de El Negro, expertísimo ganadero de bravos, tomó la iniciativa de lanzar sogas al animal y, entre tiras y aflojas, se le subió a un carro.

Será por anécdotas con toros. Era entonces la principal distracción y la más propicia para alimentar el imaginario y la leyenda apócrifa. O fue el Tío Patarota o el Tío Romanones el que dicen que mató un toro con una honda, eso lo escuchó Eulogio Blasco, Logián, en la tertu-

lia que mantenía Juan, el Higero, en la bancada a la puerta de su casa en la plaza del Caño.

Tras los fastos en honor a la Virgen en el día anterior, el día 9 de septiembre se corría el toro de los casados, y el día 10 el de los mozos, los solteros, aunque en esto, como en muchos otros datos, pudo ser al revés conforme quien informe.

El coso era la Plaza Mayor, la antigua, que estaba donde la actual, cabalmente. Era de forma irregular, medio recta, medio curva. Estaba delimitada al oeste por el edificio destinado a Ayuntamiento, escuela, cárcel y taberna de Villa, una entrada con puerta de madera y el graderío tallado en cemento; al sur, por otra entrada y el graderío de piedra; al este por una tercera entrada, un muro y los corrales o toriles; y al norte por otro muro y otra entrada; detrás del muro norte, la fuente del Caño. En el centro de la plaza, una peana con tres peldaños presididos por un árbol y, junto a la peana, un pilar, resto, suponemos, del rollo jurisdiccional y/o picota, símbolo de la condición de Villazgo, y que sirvieron, peana/pilar/árbol, como esquivadero fugaz frente al morlaco. Dos burladeros de piedra, uno frente al graderío sur y otro en el rincón que formaban los corrales, y un tercer burladero de madera frente al graderío de cemento. Los huecos de las tras entradas sin puerta se cerraban con carros tumbados de lado. Ya estaba el coso preparado.

Sobre las corridas y su financiación u organización, conviene traer a colación la Real Orden de 5 de febrero de 1908 que quiso impedir las capeas de los pueblos que no revistiesen garantías de seguridad, impidiendo, incluso, el destino

1. *Por los albores del toreo a pie*. Gonzalo Santonja Gómez-Agero. Everest. León, 2012.

de fondos públicos para festejos no acordes con la norma. Aun así, se siguieron celebrando brutales capeas con poco respeto a lo dictado, tanto que, por Orden de 28 de agosto de 1931, se quiso reiterar y reforzar la prohibición ante el fracaso y poco apoyo que tuvo el primer intento, entre otras medidas exigiendo cosos apropiados. No sabemos el efecto que tuvo en Hoyo, por cuanto coso sí que tenía: una plaza Mayor construida como una plaza de tientas, tal como hemos descrito. Sobre otros requisitos legales, se vadearían de una u otra forma, adaptando o burlando.

El guiso. El baile daba comienzo a las doce del mediodía del 9. La orquesta se situaba en el graderío de piedra. A las cinco o seis de la tarde, la lidia del toro de los casados. Tras el sacrificio, se llevaba el cuerpo al antiguo matadero, junto a los lavaderos. Allí, se le abría en canal, se limpiaba de impurezas y vísceras y se dejaba orear para que la carne se ablandase con tiempo suficiente antes de su hervor en las ollas.

Al día siguiente, y estoy hablando de los años treinta, los carniceros, el Tío Damián y Juan Blasco, el Higero, se encargaban del despiece del toro de los casados. Una parte se emplearía para la caldereta, el resto, para hacer lotes para las familias. Para llenar un caldero para los habitantes de entonces, bastaba sólo una parte de la pieza.

Al día siguiente, día 10 y, en origen, último de las fiestas, se guisaba en la misma plaza, en unas piedras que había junto a la taberna de Villa. Se empleaba una sola y gran caldera. Ahí se quedaba, al rescoldo, hasta que daba comienzo la

corrida de los solteros, cuando se distribuiría.

Antes de la Guerra no había un cocinero fijo, cuanto menos, no se recuerda, aunque ya para entonces Matías Sanz Blasco, el Tío Macario o Makarios, se inició en la tarea que él mismo continuaría con la recuperación de la Caldereta, inaugurando con ello una saga de diestros guisanderos, siendo sucedido por su hijo, Matías Sanz, y su nieto, Luis Miguel Sanz, actual cocinero mayor, el único custodio de la receta.

La receta, esa fórmula mágica y mítica que sólo hoy conoce Luis Miguel, sobre la que penden todo tipo de teorías. Y es que, una de las distracciones más reiteradas a lo largo de las horas de guiso, son las conversaciones rutilantes de los paisanos alrededor de las ollas haciendo todo tipo de conjeturas. Luis Miguel, mientras, alimenta el misterio no dando importancia a la fórmula y negando que emplee ingredientes secretos recogidos del monte. Y con su silencio o con sus negativas, el misterio crece.

La cena. Los visitantes de otros pueblos, escasísimos y, por lo general, vinculados a alguna familia; el turismo, inexistente; los veraneantes, sólo a partir de los años veinte, con las primeras colonias, y nunca en un número como para desvirtuar las fiestas, si acaso adaptarlas.

La cena es rito y el rito es el corazón de la tradición. Sin un rito sólido y mantenido, no hay tradición, y la tradición es el archivo de lo popular, la memoria colectiva. Aunque es tozuda, la tradición

El Tío Macario, legendario guisandero, con boina y sosteniendo el palo removedor [Cortesía Asociación La Caldereta]

siempre varía con los lustros, los siglos, pero es un cambio lentísimo, de tal forma que no se tiene consciencia del mismo, ni siquiera cuando, inesperadamente, de manera espontánea, de un año para otro varía en algún detalle. Es sólo cuando se interrumpe la tradición o cuando de manera abrupta se desvirtúa en lo esencial cuando corre el riesgo de olvidarse y perderse siquiera en el recuerdo. Que no nos pase.

Los varones, casados y solteros, lidiaban el toro, lo sacrificaban, preparaban la carne, guisaban y distribuían las raciones. Para ello se organizaban repartiéndose las tareas, pero todos pinchaban la carne directamente de la caldera y se la ofrecían al público, o sea, sus respectivas familias, marchando de

espaldas sin dejar de mirar las ollas. Ya con la vuelta de la tradición, en los sesenta, se tienen testimonios gráficos que reflejan que no sólo se cenaba de pie, sino también sentados en sillas y mesas de bar.

Iniciada la lidia de los solteros, quien quería se acercaba a pinchar carne para sí o para sus familiares, arriesgándose a que el toro les embistiese. En la medida de lo posible, se procuraba mantener la tradición de no dar la espalda al caldero so pena de recibir un varazo de quien hacía de maestro de ceremonias. Asimismo, y aunque esto puede ser una aportación de la Caldereta moderna, se disponían los momentos en que se podía y no se podía servir, y a la voz de «coto abierto, coto cerrado», o «es coto/no es



coto», según el caso, se permitía o no pinchar, alternando descansos y repartos. Los varones, en definitiva, se dedicaban a atender a sus familias en un cambio de funciones respecto a lo cotidiano. Déjese ahí el gesto, como algo bonancible, nunca ofensivo.

En la Revista Club de Gourmets, de noviembre de 1976, se recoge este otro testimonio de la Caldereta ancilar, la prebélica: las calderas se depositaban a los pies de la peana de tres peldaños en el centro de la plaza. Los mozos tenían que llenar los platos de carne para entregársela a sus familias, pero con una doble dificultad: no podían dar la espalda a las calderas y tenían que evitar al toro que se estaba capeando, el de los solteros, el del día 10. El rito, así, se convertía en reto y exhibición, una demostración del mocerío hacia el mocerío, tan bizarra como eficaz. Sacrificado el toro, el resto de los varones distribuirían la carne guisada sobrante. Esta fórmula tiene su símil en la vaquilla del aguar-diente, variante tan extendida y hoy creo que edulcorada con caldo.

Cada familia llevaba sus botas de vino, sus botijos de agua, sus morrales con otras viandas, sus versátiles navajas. El Ayuntamiento estaba fuera de la organización, y aunque, como ya hemos dicho, ponía algunos medios y permisos, en nada más intervenía lo oficial. El pueblo era pequeño y modesto, pero se bastaba.

El reparto. En la piedra limpia que bordeaba los lavaderos, los carniceros (ya estamos en el día 11), sacrificados los dos toros y celebrada la caldereta, hacían montoncitos con la carne sobrante del primer toro y toda la del segundo.

Tantos montoncitos como familias se habían apuntado para sufragar el toro de los casados o de los solteros. Cada montón tenía el mismo tipo de carne para que todos tuviesen parte de lo mejor y peor del animal. En papelillos de fumar se escribía el nombre de cada familia y se pegaba a la carne. Usaban este sistema porque el papel de librillo se adhería muy bien. Al joven Francisco, el Negro, le mandaba su madre para recoger en un mandil limpio la parte que les correspondía.

Y en esto hemos recogido, por verbi-gracia de Eulogio Blasco, Logín, una variante de este reparto que le contaba su padre y que nos sirve de coletazo de la tradición. Una vez despachada la Caldereta, una vez lidiados los toros, como decimos, se descuartizaban en el matadero para su reparto equitativo entre las familias. Al margen, solteros y casados, en una sana rivalidad, se disputaban algunas de las mejores tajadas. El que cogía una pieza muy disputada, por ejemplo, el solomillo, salía corriendo perseguido por sus competidores que le atizaban con una vara. Si llegaba hasta la sartén del churrero que estaba en la plaza de Facundo Baelo y lograba depositar la tajada en la sartén a modo de canasta, dejaban de perseguirlo, siendo suyo el premio. Crudo o guisado, con orden o entre juegos, se repartía.

Y los cucos volvieron a comer toro

PODEMOS presumir que en el 36 ya no hubo toros, y, por lo tanto, tampoco caldereta, claro. No hubo ánimos, ni me-

dios, ni nada que celebrar. Terminada la contienda, en el verano del 39, se reanudaron las Fiestas, pero no se celebró la Caldereta. La penuria de los años 40 fue cierta, doliente y condicionante. Sí hubo celebraciones religiosas y también, a partir de entonces y en la medida en que se pudo, el Ayuntamiento adquirió alguna vaquilla o algún utrero para los mozos o para algún novillero bisoño y voluntarioso.

Los toros, ya solo para lidia, los compraban un grupo de vecinos acompañados de un concejal encargado de los dineros municipales. Como antaño se hizo, se escogían mayormente de ganaderías de la comarca aunque también se adquirieron en Chapinería e incluso en El Espinar, entre las reses del Conde de Mayalde. En más de una ocasión se compraron a don Manuel García Aleas, padre o hijo de mismo nombre, en la finca El Quemadillo, colindante con nuestro pueblo en la carretera a Colmenar, o al Duque de Pinohermoso. Ambos, los Aleas y el Duque, tan afectos al pueblo y nuestros campos.

Sin embargo, hay un recuerdo vago y confuso sobre algunas calderetas en los años 40 ó 41 por iniciativa estrictamente privada del que me participa Ignacio Contreras y Juan Manuel Santos. En alguna ocasión, fue preparada por el Tío Makarios, y se repartió la carne en la plaza entre toro y toro, desconocemos si acorde o no al rito. En todo caso, para entonces, los toros ya no los compraban los solteros y los casados, por lo que debía de tratarse de la carne de res de lidia adquirida a alguno de los carniceros del pueblo que previamente la había comprado al Ayuntamiento.

Es el mismo caso de lo que me participa Francisco Martínez, el Negro, que durante esos años huérfanos de tradición, en más de una ocasión, el tío Damián, el carnicero/ganadero, tan furibundo taurino, reunía en el bar Chaqueta a compadres suficientes para, entre todos, comprar una vaquilla para solaz de los mozos y guisarla entre compadres.

En conclusión, salvo estas posibles excepciones, que lamentablemente por el desánimo y penuria general no sirvieron para reanudar la tradición, desde el 39 no hubo Caldereta al uso, pero sí toros.

La Caldereta espontánea: La familia de Pedro Tenorio González y Matilde Matanzo Molero vivía en la Plaza Mayor, Nº 4, la nueva. Los Tenorio eran veraneantes pioneros; los Matanzo, lo mismo, pero con más raigambre si cabe. Doña Matilde, de hecho, era natural.

En las fiestas patronales de 1958, Pedro Tenorio, animoso y castizo, empezó a interesarse por la extinta tradición de la Caldereta y reunió a varias personas con la intención de resucitarla, cuanto menos para esa ocasión. La elección no era baladí. Convocó a Antolín Yago Barrera, a la sazón concejal de 27 años; al también concejal Ángel Colmenarejo Alonso, Angelón; a su cuñado, José Antonio Matanzo Molero; a Damián Blasco Martín, el tío Damián, el ya citado ganadero/carnicero y fabricante de gaseosas que guardaba las reses en el corral de Benigno, en el paraje de Navas del Redondo; y al Tío Macario, Matías Sanz Blasco, el último cocinero de la caldereta antes del ocaso de la fiesta en el 36. Cada uno aportaba lo básico y necesario para

el impulso: el propio Pedro y José Antonio, la iniciativa, el arranque; los concejales, la autoridad y el marchamo de lo oficial; el Tío Damián, la carne brava; y el tío Macario, la receta.

Reunieron fondos. En casa de Tío Damián hicieron cálculos cabales y prudentes, y le compraron unos 32 kilos de carne del toro lidiado el día anterior que Damián previamente había adquirido al Ayuntamiento.

Pegados al frontón, en la trasera de la antigua iglesia, en lo que luego fue cine de verano, desde la mañana del día 10 se cocinó la carne en un solo caldero, a la vieja usanza. Los paisanos se iban acercando, los apetitos se encendían, el recuerdo afloraba. La idea era dar a probar al mayor número de personas posible. Dieron cuenta de un tanto del guiso en el Bar Pepe y otro tanto lo dieron a probar por la plaza tras los toros. Poco cundió, claro, pero, aunque en ese momento no lo sabían, acababan de despertar la tradición dormida.

Según algunos testimonios fue en septiembre del 57, según otros en el 58. Nos inclinamos a creer que fue en esta segunda fecha conforme el desarrollo de los acontecimientos siguientes.

Llamada a filas. Reinaba el alcalde Fausto Martín Blasco. La experiencia de la caldereta improvisada fue un éxito tanto en lo culinario como en lo social. A la fiesta le faltaba el guiso. Había que repetir y consolidar. Pero también había que dar forma a ese propósito.

Y aquí entra en nuestra historia el promotor del procedimiento, José María Ruiz Heras. Alcalde en 1940, diputado provincial, Jefe local de la Falange, autor

de una rareza de libro con pie editorial en Hoyo,² accionista del sanatorio, y, sobre todo, médico del pueblo.

He reunido testimonios varios. Hay que ordenarlos. No recuerda bien don Francisco Martínez, el Negro, cuándo sucedió. Colijo que debió ser tras las fiestas del año 58. El caso es que, en la taberna de la Peña, regentada por su hermana, el médico, en tertulia de afectos, propone volver a la tradición de la Caldereta. Estaban, entre otros, Francisco Marcos, Juan Sánchez, el llamado Marqués y un brigada del cuartel del que no recuerda el nombre. Se prolongaron las reuniones. En cada una, se sumaban más vecinos. El Negro fue el séptimo en apuntarse a la embrionaria iniciativa. Todavía la idea era solo vocación y materia de tertulia.

2. Mensaje histórico a la juventud. 1800-1960. José María Ruiz Heras. Hoyo de Manzanares, 1961.

Calle Juan Carlos I 27, donde estaba radicada la Taberna de la Peña, así llamada en alusión a la Peña de la Torre que se encontraba justo en frente, en el lugar que hoy ocupa un edificio porticado [Foto del autor]



Desde luego, en las semanas siguientes a las fiestas, la caldereta era el tema de conversación en las barras de los bares, y en los corrillos donde los más animosos rememoraban una y otra vez las gestas con los becerros. José María Ruiz, como hemos dicho, toma unilateralmente el testigo de los espontáneos, y, con su carácter mandón y resolutivo, insiste en el empeño en ejecutar el deseo.

Los testimonios sitúan ahora la escena en otro bar más amplio. Ruiz Heras, junto con Manuel Estévez y Francisco Marcos, en algún momento en los meses de octubre y noviembre del 58, congregó a la juventud en el bar Recreo, que estaba regentado entonces por la familia propietaria, los Clavero, por lo que también se le denominaba entonces por este nombre. Los Clavero vivían con un pie en el pueblo y otro en Madrid, donde tenían una panadería en la calle Luna. Con el tiempo, el bar se intituló El Salmantino porque de Salamanca era Eusebio, el que continuó el negocio.

El bar disponía de una pista de baile, lugar idóneo, sino único, para convocar la reunión. Tras una mesa a

modo presidencial se sentaron Manolo Estévez, Francisco Marcos y José María Ruiz Heras, quien tomó la palabra. Los mozos, en sillas o en el suelo, les rodeaban. Con convicción y elocuencia expuso que era el momento para organizarse y retomar de manera permanente la tradición de la caldereta, pero que la iniciativa sólo tendría visos de éxito si los jóvenes se comprometían, pues de ellos dependería el futuro. Propuso una peña o sociedad recreativa, es decir, una forma jurídica a lo que antaño, hasta el 36, era la unión natural de los naturales.

Los asistentes, entre treinta o cuarenta, se fueron entusiasmando con la arena que les llamaba a filas. De entre ellos, fueron veintisiete los que se apuntaron levantando la mano sin más formalidad y diciendo su nombre y con la exclamación «apúntame», y Felipe Moreno fue el tercero en hacerlo, y Juan Manuel Santos el séptimo, e Ignacio Contreras el octavo, y Antolín Yago el vigésimo primero. Y nombraron a la primera Junta de Gobierno, correspondiendo a Manolo Estévez la presidencia, a Francisco



Primera Junta Directiva [Cortesía Asociación La Caldereta]



Lo que queda del Bar Clavero. Aquí fue [Foto del autor]

Marcos la secretaria y a José María Ruiz Heras la tesorería. Y como los dineros son importantes, sobre la marcha se acordó que el tesorero recaudaría 5 pesetas semanalmente a cada socio.

La Fundación de La Caldereta. Pero esta reunión tan informal, impulsiva y revulsiva, tuvo su correlato legal con la asamblea constituyente de la sociedad recreativa denominada La Caldereta que se celebró en el mismo bar Recreo el uno de diciembre de 1958. Su objeto, conforme su artículo primero, era «resucitar la costumbre tradicional en el pueblo de lidiar un becerro en uno de los tres días de la fiesta y hacerlo en la plaza en guiso clásico observando para ello los usos establecidos por la costumbre». Como segundo objeto, se impusieron organizar cuanto menos una excursión anual a cualquiera lugar de España. La primera, que fue sonadísima, se realizó a Segovia. Muchos de los socios no habían salido nunca del pueblo. Y se me antoja que la elección de este primer destino venía a ser una suerte de gesto en recuerdo de los orígenes remotos y legendarios de Hoyo como pueblo de segovianos.

A partir de las fiestas de 1959 la Caldereta organizaría un festejo taurino con uno o dos becerros. Ya no había distinción entre el toro de solteros y el de los casados. Es el único pelo de la tradición que quedó en la gatera. Funcionaba a modo de las sociedades tauromáquicas que se han desarrollado en España desde mitad del siglo XIX para solaz de sus miembros y para impulsar la afición. Con el tiempo incluso contrataron a toreros profesio-



1ª EXCURSIÓN A SEGOVIA, 1959

A B C. DOMINGO 20 DE SEPTIEMBRE DE 1959. EDICIÓN DE LA MAÑANA. PAG. 58

A B C en Segovia: Iniciativa de un pueblo madrileño

Segovia 19. (De nuestro corresponsal.) Hoyo de Manzanares es un simpático pueblo madrileño enclavado en una comarca que, siglos atrás, inmutuo entrañable vinculación con Segovia. En Hoyo de Manzanares existía antiguamente la pintoresca costumbre de comerse colectivamente, guisado en "caldereta", un novillo que antes había sido torreado por los mozos del pueblo con ocasión de las fiestas anuales. La costumbre, no obstante, se perdió hace mucho tiempo, pero el año pasado fue restaurada nuevamente por iniciativa de una asociación en la que se han inscrito la mayor parte de los hombres del pueblo, mediante el pago de una cuota.

Sin embargo, la finalidad de la referida entidad, denominada "La caldereta", no se

circunscribe exclusivamente a gustar el sabroso guiso durante las fiestas, sino que se ha creado un fondo para realizar excursiones a los lugares de interés artístico e histórico. Y la primera excursión celebrada por los vecinos de Hoyo de Manzanares—justificativa de estas líneas—ha tenido como objetivo Segovia. En número de ochenta, presididos por las autoridades locales, han visitado, recientemente, esta ciudad admirando sus monumentos y bellezas artísticas y panorámicas. Fueron recibidos en el Ayuntamiento por el alcalde de Segovia y obsequiados con una copa de vino, visitando después el palacio y los jardines de La Granja, donde presenciaron los juegos de agua de las monumentales fuentes.

La loable iniciativa de los vecinos de Hoyo de Manzanares ha merecido calurosos elogios.—Mariano GRAU.

Foto de la primera excursión [Cortesía de Asociación La Caldereta]

nales, vestidos de corto, en corridas poco arriesgadas pero vistosísimas.

El Ayuntamiento, que apoyó el nacer de la Caldereta, por su parte, también traía toros. Lo venía haciendo desde que se reestablecieron las fiestas tras la Guerra si el presupuesto lo permitía. De hecho, los toros que se guisaron desde el 58 eran los del Ayuntamiento, lidiados el día anterior, y que permutaba a la Asociación por los becerros que ésta lidiaba el último día de festejos. Se guisaba, se guisa desde entonces, junto al caño, basando sólo cinco calderos en los primeros años. La carne sobrante se vendía a

los carniceros del pueblo. El rito del guiso siguió siendo el tradicional, aunque más ordenado. Tan solo se quedó en el tránsito, como digo, la costumbre de la compra de una res por los solteros y otra por los casados. Así mismo, aunque con la reanudación de la caldereta se mantuvo el castigo del varazo a quien no servía marchando de espaldas, con el tiempo, se tuvo que suprimir por controvertido. Poco a poco se fueron incorporando más fórmulas al rito y la cena: el recuerdo a los difuntos; la bendición de la cena por el mosén; el canto del himno; el toque del cuerno para ordenar/suspender el reparto o las garrafas de vino suspendidas en un anclaje de metal. Esto último, el riego del vino, se ha convertido, qué duda cabe, en un signo distintivo de la fiesta.

Con el paso de los años la Caldereta se convirtió en Asociación formal, adaptándose a la legislación vigente en cada momento. Al principio se rigió por una junta de gobierno con tres cargos y, conforme crecía en socios, aumentó la junta, los haberes y la actividad.

En los anales de la Caldereta constan los siguientes veintisiete socios fundadores en diciembre de 1958 entre los que no están todos los de la caldereta espontánea ni en las primeras reuniones: Manuel Estévez «el Grajo», José María Ruiz Heras, Francisco Marcos Alonso, Juan Sánchez Crespo, Braulio Blasco García, Juan Manuel Santos Irañeta, Jacinto Estévez, Nemesio Moreno, José Martínez Valverde, Santiago Alcolea, Francisco Arque Yago, Felipe Martín Santos, Ángel Colmenarejo Marcos, Ignacio Contreras Martín, Felipe Moreno Colmenarejo, Gonzalo Alarcón Blasco, Pedro Alarcón

Blasco, Francisco Contreras Martín, Antonio García Moreno, Juan García «Bisera», Félix Moreno Arque, Santiago Salvador, Manuel Baelo Valverde, Francisco Ávila Collado, Félix Bernardos Blasco, Mariano Martínez «el Forestal» y Francisco Martínez Blasco.

Con ellos empieza la historia oficial de La Caldereta, la historia que deja su reflejo en el papel, la historia documentada. Antes, nombres y hechos que sólo han quedado en el recuerdo, una caldereta espontánea y las primeras reuniones para su impulso y la recluta.

Sin embargo, son más. Comparamos los documentos con los testimonios, y nombres que están en el origen no están en los anales y viceversa. Como los espontáneos o como tantos otros. Y es que el origen de la Caldereta está a mitad de camino entre el proceder anónimo de lo popularísimo y el rigor del procedimiento.

La memoria viva. Y para que el recuerdo no se pierda, y no sin pedir disculpas por posibles olvidos, nuestro propósito ha sido recoger el testimonio de los protagonistas supervivientes que hemos podido localizar, remover sus recuerdos, ordenarlos, tomándoles como fedatarios de la tradición oral, y dar ésta por válida y valiosa, más que cualquier otra fuente histórica, porque a pesar de las contradicciones, los olvidos, las mitificaciones o los resquemores, dicha tradición oral es el más conmovedor venero de la historia.

Nuestras fuentes, ya digo, están en la memoria, en la de don Francisco Martínez Blasco, al que llaman el Negro, Alcalde de Hoyo de Manzanares en dos

ocasiones. Hijo de don Domingo Martínez Crespo aquel que, siendo también alcalde, en 1929 trajo las aguas a la fuente que hoy flanquea el atrio de la iglesia vieja. Don Francisco, que, durante su largo servicio militar de tres años, se hizo novillero, obteniendo en una escuela instalada en una taberna en Arturo Soria el carnet para actuar sin picadores, y que debutó con dos novillos en una corrida en los cuarteles de Campamento el día de la Patrona, y llegó a cortar una oreja. Le apodaban el Niño del Jabón, porque su destino militar era la lavandería. Y es que, ya siendo un zagal con querencia hacia el albero, un día saltó del carro que cerraba el coso para torear al morlaco con una sábana que traída de casa para la ocasión, y don Saturnino Morcillo, el legendario maestro de entonces, hermano del Arzobispo Morcillo, intentó disuadirle, y allá que fue el chaval a pegar sus primeros pases. Esta y sus breves actuaciones como novillero fueron sus únicas faenas, pues ni la suerte ni la falta de padrinzgo le acompañaron, y nunca quiso tomar esa vía trágica y miserable que toman los muletas desesperados que iban de capea en capea. Él fue cabal y supo tomar caminos certeros. Don Francisco, junto a su hijo Marcelino, me recibió cordial y ufano para mantener una larga y esperada conversación sobre la tradición del toro y el caldero. Es memoria viva y se aprende hasta de sus silencios, pero lo más emotivo es que, escuchándole, se quiere más y mejor a Hoyo porque habla con devoción de su lugar y sus paisanos.



Francisco Martínez, el novillero llamado *El Niño del Jabón*
[Cortesía de don Francisco]

Están en la memoria de doña Matilde Matanzo Molero, viuda de don Pedro Tenorio, que lucidísima ratifica el entusiasmo de su marido. Matilde, nieta del Teniente Coronel don Francisco Molero Bermejo, alcalde de Hoyo en 1921 que vivió entre Madrid y el pueblo, donde acostumbraba a cazar, y donde compró un terreno y construyó primero un refugio y luego un hotelito de descanso, Villa Nana, que terminó siendo arrendado para destinarse al hospedaje como Hotel Mercedes y la pista de Baile Calderón, y que finalmente fue urbanizado para dar lugar a El Cerrillo. Matilde, que, sin vanagloria alguna, quita importancia al gesto de su esposo y al hecho de que, con el tiempo, se desligase de la Caldereta. Matilde que recuerda a su marido barruntar un boceto de escudo sobre la

caldereta que contenía una horca para la paja y un cuerno aerófono de llamada, símbolos rurales, que no tanto gastronómicos.

Están en la memoria limpísima de don Ignacio Contreras tan vinculado a la Caldereta desde su inicio, tan comprometido siempre, tan generoso conmigo, y quien mejor recuerda el anecdótico festivo, el que da forma a lo mítico, el ingrediente que embellece la tradición.

Están en los recuerdos del socio número uno, don Juan Manuel Santos Irañeta, historia viva del pueblo y por ende de la tradición, que viene del abuelo Santos, de vieja familia serrana, que tuvo tierras en Las Rozuelas y en el Alto de Caracollado. Juan Manuel, que recuerda vagamente algunos calderos anónimos de toro tras la Guerra en una lenta búsqueda del retorno a la tradición.

Están en la memoria de Toli, don Antolín Yago. Su testimonio fue la razón que me llevó a dar un giro a la investigación y reservar para mejor ocasión la historia documentada para centrarme en los recuerdos orales de la protohistoria. Toli, que vino de la finca El Canchal, tan cerca hoy, tan lejos entonces del pueblo, y que con el tiempo fue uno de los muñidores del primer caldero y hoy piedra angular de su memoria.

Están en la conversación constante y vivísima de don Felipe Moreno Colmenarejo, el Churrero, siempre cómplice con sus recuerdos, tanto, que mi afán cronista se basa en su memoria. Felipe, promotor del fútbol local, del senderismo ordenado, de la tradición añeja, de todo lo que sea para bien del pueblo.

Está en las manos de don Luis Miguel Sanz Ribagorda, hijo de Matías, nieto de Matías, legatario de la receta



Los padres de Francisco Martínez. Él, Domingo, quien trajo las aguas en el 29 [Cortesía de don Francisco]

Don Ignacio Contreras y don Juan Santos, Juanin. Albaceas de la memoria de Hoyzo. (Foto del autor)



del guiso, albacea de los sabores para la siguiente generación, el Cocinero Mayor, responsable de las ollas, benefactor de pituitarias.

Están en don Juan Santos Adalid, Juanín, custodio de la historia popular de

Hoyo. Juanín, juicioso, equilibrado y prudente, sabe dónde empieza y dónde termina el pueblo en lo geográfico, en lo emocional y en lo histórico. Ha escuchado a todos y, ahora, todos deberíamos escucharle para que no devengue en el último cuco.

Hoy la Caldereta está declarada como Fiesta de Interés Turístico por la Comunidad de Madrid; el Ayuntamiento, la policía, protección civil, organi-

zan, ayudan y vigilan, por cuanto es una fiesta masiva que requiere control; la Asociación La Caldereta es el valedor y custodio del rito; sus socios, los actores; y el público, el pueblo y los visitantes, son los gregarios de lujo sin los que no se concibe la función. Pero el pueblo, en abstracto, sin edad, condición ni época, es dueño de este legado que nunca, nunca, se quiso abandonar. Conservémoslo.



AGRADECIMIENTOS

A todos los informantes citados por su generosidad y su paciencia. A Gloria Tena, la más serena y prolija investigadora de Hoyo de Manzanares, que vive con un pie en el Archivo Histórico Muni-

cipal. A Pilar García, nuestra archivera, guardián sensible. A Marisa Baelo y Daniel Campo, verdaderos cronistas de la Villa, que, sobre Hoyo, lo que tienen de conspicuos lo tienen de generosos. A Eulogio Blasco, Logín,

que no da importancia a lo que del pueblo sabe, y lo sabe todo. A Manolo Pantín, Roberto Lemos y Antonio Martínez «Tanque», de la Asociación La Caldereta, por su hospitalidad y su empatía.



FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Libros de presupuestos municipales desde el año 1898-1919. Diarios de Intervención de pagos municipales. Actas de plenos. Archivo Histórico Municipal de Hoyo de Manzanares.
Libro de Socios y Libro de Actas de la asociación la Caldereta.
Fondo documental y fotográfico de la Asociación La Caldereta.
La Gaceta de Madrid. Nº 37 de 6/02/1908.
La Gaceta de Madrid. Nº 241 de 28/08/1931.
La Voz de Hoyo nº 6. Revista. Hoyo de Manzanares, septiembre 1980.
José Luis Soriano. «La Plaza Mayor de Hoyo de Manzanares», *Apuntes de El Ponderal* nº 4. Hoyo de Manzanares, 2021.
Una tradición secular. La Caldereta. Francisco Pérez. *Gourmets*, número 8. Noviembre, 1976.

Artículos varios sobre La Caldereta. Isabel Montejano. *ABC* 7/9/1983 - 31/08/1984 - 10/09/1984 - 26/08/1985.
Iniciativa de un pueblo madrileño. *ABC*. 20/09/1959. (Noticia de la primera excursión de La Caldereta)
«Los Toros. Tratado Técnico e histórico». José María de Cossío. Volumen 1. Espasa Calpe. Cossío. Madrid, 1943.
La Pasión del Toro. Guión-Ensayo para una película. Julián Pitt-Rivers. *Revista de Estudios Taurinos*. Nº 14 (páginas 359-442). Sevilla, 2002.
Carne y Sangre animal en crisis alimentarias y rituales. Julián López García. Centro de Cultura Popular Ángel Carril. Diputación de Salamanca. 2005.

Historia Gráfica de Hoyo de Manzanares. Marisa Baelo y Daniel Campo. Cosas de Hoyo S.C. Hoyo de Manzanares, 2015.
La Caldereta. 50 años de historia en imágenes. Asociación la Caldereta. Hoyo de Manzanares, 2008. (Incluye crónica de Daniel Campo sobre la historia y desarrollo de la fiesta)
«La Tradición Taurina en Colmenar Viejo». Fernando de la Morena Sanz. *Cuadernos Estudios* nº 3. Asociación Pico de San Pedro. Colmenar Viejo. 1992.
«Ganaderías Históricas de Colmenar». Fernando de la Morena Sanz. *Cuadernos Estudios* nº 5. Asociación Pico de San Pedro. Colmenar Viejo. 1994.
Por los albores del toreo a pie. Gonzalo Santonja Gómez-Agero. Everest. León, 2012.

ISSN 2792-1778



9 772792 177000 >



12 PUNTES D'EL PONDERAL



15 D' OCTUBRE D' 2022